

Don Alfonso Cravioto

Artista por excelencia, alternó en todos los momentos de su vida, con el caldeado verbo de la lucha, la rima cadenciosa de la poesía; y así, mientras en el yunque de fuego de la Constituyente elaboraba, con su vigorosa palabra de orador político las cláusulas de la Constitución del 17, en la penumbra de la alcoba horadaba el misterio de las excelsas idealidades para labrar, con su pluma de orfebre, su definitiva interpretación de la obra eterna de Carrière...

Ya asistía al mitin político a imponer sus convicciones, animado el corazón por la llama de la justicia que baja del cielo mismo a calentar en esos pechos generosos que son como altares humanos, en cuyas aras sabe rezar su oración de gratitud el hombre de trabajo; o, a verter el oro espiritual que sus manos de obrero literario recogieron en los predios del arte y de las letras, aparecía en el escenario de los salones donde se reúnen los que ansían la luz inmortal de la verdad y la belleza.

Y ya su pluma surcaba las columnas de la prensa dejando la palabra de acción, devoradora de la apostasía política, como dejaba el reguero de luz del arte, en la poética concepción o en la crítica literaria...

Así, el supremo literato y poeta de que ha hablado El Observador, mientras presidía las tumultuosas sesiones senatoriales de la nación azteca, forjaba los *Cantos de Anáhuac* y su celebrada crítica de Anatole France, ese divino príncipe de las letras latinas. Así labró la cincelada prosa de su conferencia sobre la pintura de Eugenio Carrière, en una dicción sencilla y artística, comprensiva y profunda, erudita y culta, que hace honor a la obra pictórica de aquel formidable investigador de los estados psíquicos del hombre. Después de oír la palabra maestra de Cravioto, el auditorio de seguro tuvo una interpretación más vasta de los profundos misterios del espíritu del ser humano, como nosotros la hemos tenido después de leerla.

— 8 —

BIBLIOTECA
MEXI.

En pleno estado de lucha, a la vez que hacía sus notables traducciones francesas, concebía los poemas de *El Alma Nueva de las Cosas Viejas*, pequeño templo del arte, animado por el más vívido fervor, y donde se reza una oración a Isabel la Católica, como no la oyó jamás la piadosa reina.

Aquel veterano de la poesía americana que se llamó Manuel José Othon, invocaba el recuerdo de su proverbial respeto al Arte, "su culto verdadero y religioso al arte sacrísimo", en cuyas aras era fama que rezaba su veneración como ante altar sagrado, para que se le permitiera formular en toda su magnitud el elogio que encendía en su pecho la excelsitud de los versos *Invocación*, de Cravioto, "poema de lo más inspirado y alto que ha producido la musa moderna mexicana". Y agregaba el autor del famoso Idilio: "no admito ni puedo admitir dentro del arte nada de lo que sea mediocre o sencillamente bueno o bonito: yo creo que una obra de arte que no es suprema, es mala. Así pues, he visto su obra con el placer más grande".

Después de lo que hemos leído de Othon, no es mucho que el notable conferencista argentino Manuel Ugarte, en una interviú incluyera a Cravioto entre los autores "de su mayor predilección".

Don Alfonso Cravioto, que es por excelencia, por encima de todas las cosas, religioso adorador en el templo del Arte, entró a la política como muchos intelectuales de esta América bárbara, en alguna campaña haciendo retemblar las columnas de los palacios de oro que cobijan la conciencia sombría de los tiranos. Esa lucha de la ardiente juventud, del patriotismo ideal contra la secular mano de hierro que extrangula el cuello y afixia la libertad, es la puerta de honor, la senda por donde entran al vasto escenario de la vida pública muchos hombres de América. Así comenzó su carrera política Cravioto, a los diez y nueve años, dirigiendo un periódico de combate en el 1901, y pronunciando discursos de oposición al tirano en manifestaciones estudiantiles.

Fué notoria, según un biógrafo suyo, su conducta viril y su esfuerzo empeñado en conducir a sus compañeros contra la dictadura del General Díaz. Desatóse en una franca campaña política de oposición; colaboró en todos los periódicos y habló en todas las tribunas. En compañía de otros amigos fundó "Excelsior", "el periódico que más vigorosamente combatió al General Díaz", y que era órgano del único club anti-releccionista que entonces existía, y del cual era Cravioto

— 9 —

Madrid, enero 1902

vicepresidente y fundador. Ahí tuvo principio la verdadera significación nacional del poeta: en la cárcel de Belén...

Al recobrar la libertad, entra con Martínez Carrión a redactar un periódico de igual filiación: estalla un movimiento revolucionario en el que ambos se ven complicados, y Carrión muere en las bartolinas mientras Cravioto logra arribar a las playas de Europa.

"En 1910 tomó parte en el movimiento maderista, junto con los hermanos González Garza, y al triunfo de la revolución fué delegado a la Convención Nacional que se reunió en el Teatro Hidalgo; siendo secretario del ayuntamiento de México durante la época de las elecciones y Diputado al Congreso de la Unión. En la Cámara formó parte del bloque revolucionario, habiendo pronunciado varios discursos, en los que sobresalió su arenga fúnebre a raíz del asesinato del Presidente Madero y que fué el primer elogio que del Mártir se hizo, desafiando sin temor las atrocidades huertianas".

"Cravioto, durante la usurpación, permaneció en México, arriesgando día con día la vida, al igual que sus compañeros, por su levantada conducta en la Cámara. Protegió y desarrolló varias propagandas de publicidad contra Huerta y organizó algunas expediciones revolucionarias en los Estados de Puebla e Hidalgo. Al ser disuelta la Cámara el 10 de Octubre de 1913 fué de los internados en la Penitenciaría donde permaneció tres meses. En Abril de 1914 estuvo a punto de ser fusilado con Urueta, Bordes Mangel y Curiel, por haber protestado contra la conducta de Huerta en relación con la ocupación americana de Veracruz. Al llegar los constitucionalistas de México, Cravioto fué llamado a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes".

Refiriéndose a esa época dice el malogrado periodista isleño Fernández Cabrera, enviado especial de aquel Heraldo de Cuba de Márquez Sterling a México con motivo de la revolución, que "Macías entretuvo en los ocios carcelarios organizando fiestas florales donde era Reina... cualquiera de los otros presos políticos, y Mantenedor aquel que menos le temiese a las iras victorianas. Cravioto, Ortiz Rubio y algunos poetas más, encaramábanse en el hirsuto pegaso de la ironía contra reaccionaria, disputándose la simbólica flor triunfal, muy sencillamente convertible en filo de cuchillo, o bala de mauser impulsada, hasta el asesinato, por manos mercenarias, magnífico remedo de los vaporosos Juegos provenzales".

"Colaboró en la "Sección de Legislación de la cual salieron casi todas las leyes revolucionarias", dice un autor.

"Representa a Pachuca por tercera vez en el Congreso de la Unión y su labor en esta Legislatura ha sido verdaderamente memorable", comenta otro autor, en la que se ha impuesto al respeto general "por la honradez de sus convicciones y la pureza de sus ideales".

Téngase en cuenta, que esta labor la está haciendo un espíritu ardiente y votivo de artista que desdeña la torre de oro de sus millones para ir a combatir por la gloria y el honor, en defensa de los intereses oprimidos del pueblo y de su libertad coartada.

Alfonso Cravioto, que es artista por excelencia, por sobre todas las cosas, usó el oro de su patrimonio, para editar la revista que supliera el vacío que había dejado en la patria de Díaz Mirón, la Revista Moderna de México, que publicaba el inolvidable Jesús E. Valenzuela. La que fundó, dirigió y costó Cravioto, en recordación de aquella se tituló Savia Moderna, "bello periódico que sirvió para reunir y encauzar a la generación literaria de la época". En el último piso del edificio de "La Palestina"—dice Villalpando—se instaló la redacción, con un lujo deslumbrador del que no había precedente en todos los periódicos anteriores". Y continúa: "aquello era un Areópago, un Parnaso, un Palacio, una Corte de los Médicis. Desde que se instalaron los primeros muebles, todos los días eran una serie de momentos de sorpresa. Tocaban a la puerta y aparecía un artista. Un día apareció Manuel de la Parra, todo tímido, como pajarito deslumbrado y anhelante de luz; otro día, Rafael López apareció haciendo frases, elegancias y versos al hablar; un sábado se anunció un grupo de pintores y dibujantes, algo cohibido, serios y sencillos: Diego Rivera escapado de un cuadro de Rubens o de un aguafuerte de Rembrandt; Saturnino Herrán, Gonzalo Argüelles Bringas, Antonio Garduño, Rafael Lillo, Francisco de la Torre, Francisco Zubieta y Martínez Carrión".

"La falange juvenil de aquellos que iban a continuar la tradición de los maestros cada día se iba engrosando; en cuanto Cravioto sabía de algún joven ignorado que empezaba a despuntar—dice el mismo Villalpando—no descansaba sino hasta dar con él e introducirlo en el cenáculo. Y así fueron llegando con intervalos de horas o de días, Alfonso Reyes, el más joven de todos; José María Sierra, caballero electo de la muerte; el arquitecto Jesús Acebedo, que tenía más

erudición que todos los otros discípulos juntos; Gómez Robelo, Eduardo Colín, Sebero Amador, Pepito Gamba, Ángel Zárraga y Rodolfo Nervo, contagiado por el ambiente de su admirable hermano, al igual que Emilio Valenzuela, que continuaba la tradición lírica del magnífico Chucho; y otros muchos attachés y principiantes que engrasaban la corte majestuosa del segundo renacimiento literario de México”.

“La revista mensual que empezó a editarse en Marzo de 1906 era más bien un pretexto para unir en un bloque formidable a todos aquellos elementos que representaban distintas tendencias artísticas en literatura, pintura y escultura”.

“A Cravioto el oro que gastaba en su impresión le importaba un bledo. El quería realizar una misión artística, una de las más nobles que se han llevado a cabo en México, y estaba resuelto a gastar su total fortuna a fin de conseguir su objeto. Lograda la unificación del grupo de literatos y pintores, se inauguraba poco después, en un suntuoso salón de la calle de Santa Clara, la primera exposición hecha en México sin ayuda oficial”.

“Alfonso Cravioto, como Altamirano, como Gutiérrez Nájera, como Jesús E. Valenzuela y Enrique González Martínez, marca un ciclo definido y característico en las etapas de la literatura mexicana, en torno a su periódico. Y cuando se haga la historia de la literatura contemporánea en México,—dice el mencionado comentarista—habrá que dar importante valor representativo a ese espíritu noble, sereno y lleno de amor verdadero por su patria”.

“Es un admirable conferencista y el más serio de los críticos de arte y de letras que se pueden tomar en consideración en nuestra literatura”.

“Por imposición de su temperamento y de sus convicciones se alejó hace algunos años de los campos literarios—dice el mismo Villalpando en 1918, cuando ya se hablaba del erudito Cravioto—y empleó sus fuerzas, con una predestinación de apóstol, en la última revolución. En la Cámara y en los periódicos defendió ideas con valor y nobilísima estética, apartándose de los caminos trillados y haciendo, lo que pocos han logrado hacer, de su obra política: una obra de arte”.

Cravioto fué, además, Presidente del Senado, Ministro en Guatemala, en Holanda y en Bélgica; Embajador en Chile, donde, en “un torneo de elocuencia hispanoamericana”, saludó con hermoso dis-

curso en nombre de América a la República Española en su segundo aniversario, haciendo prorrumper al auditorio en vivas a México, y confirmando una vez más su vasta reputación como orador amplio y profundo.

Tal es a grandes rasgos la figura de Don Alfonso Cravioto, actual Embajador de la nación en cuyo suelo pisó la planta flamígera de Cuauhtémoc; tal es el Embajador mexicano en Cuba, sencillo, con patriarcales costumbres y maneras serenas de monje, pausado y gentil, poeta y erudito, sensible y acogedor, que tiene por la patria un culto sincero y honrado, silencioso y elocuente a la vez, como la fúlgida lámpara que su espíritu enciende en el templo del arte, a cuyo benéfico calor labra y cincela, la plata pulida de su prosa o el burilado oro de su verso. Artista por antonomasia, en aras de los altos ideales y de las nobles pasiones, o canta la espiritualidad de la belleza poética, en pro de la emoción, o pronuncia esmerados discursos por la belleza de la espiritualidad, en beneficio del ser humano, para defensa del hombre de trabajo y en hermoso gesto de civismo y de bondad.

Tal es Cravioto, el crítico y traductor de Anatole France; el intérprete de Eugenio Carrière; el autor de *El Alma Nueva de las Cosas Viejas* y de los *Cantos de Anáhuac*.

Veamos ahora al poeta, hojeando sus colecciones de versos, magníficos exponentes de un notable y nobilísimo temperamento estético.

El alto espíritu de Isabel la Católica no escuchó jamás, de poeta alguno nacido en tierras de América, oración tan sencilla y devota como la de Alfonso Cravioto en su libro *El Alma Nueva de las Cosas Viejas*:

ISABEL LA CATOLICA

*Salve, Isabel la Católica, fúlgida reina de España,
prístina madre de América, brote de fuerte laurel;
por tu piadosa corona, por tu mirífica hazaña,
por la magia de tu cetro, ¡qué Dios te salve, Isabell!*

*Predestinado y vidente, marcha tu instinto seguro:
tu mano es remo de goavia del colombino bajel:
sobre sus velas tendidas en avidez de futuro
sopla fecundo tu aliento; ¡qué Dios te salve, Isabell!*

*Reina magnánima y dulce que haces amar tu dominio,
tú a la morisma venciste, tú doblegaste al infiel;
tú diste unidad a España, y con regio patrocinio
paristes un nuevo mundo; ¡qué Dios te salve, Isabell!*

*El Indio a ti no fué el Indio, sino el vasallo filial;
no cayó nunca en América por tí una gota de hiel;
tú no buscabas el oro, tú ansiabas el ideal,
tu mano es de sembradora; ¡qué Dios te salve, Isabell!*

*América no te culpa por el guantazo de fierro,
por el estrago y la sangre del conquistador cruel:
sus faltas no son tus faltas, su yerro no fué tu yerro:
tú siempre fuiste materna; ¡qué Dios te salve, Isabell!*

Poesía esa para integrar el más exquisito parnaso de los grandes poetas de América.

En tal colección podrían acompañarla, del mismo libro de Cravioto, las tituladas *Nueva España*, en las que egregiamente canta la gloria

del estanque colonial, donde una virreina echó su peineta de carey, en premio al paje poeta

*que se ahogó entre las ondas de su mala fortuna
cazador de suspiros y pescador de luna.*

Canto de la prosapia virreinal, donde

*El misterio alimenta Catalina de Erazo
con sus ubres de acero y su andrógino trazo.*

Y

*El Corsario se esboza cómo águila marina
acechando el velamen de la Nao de China.*

Y

*Santo Tomás incrédulo quiere tocar la llaga
de Jesús en el cuadro de Sebastián de Arteaga.*

Y

*Una monja levanta su mirada de seda
y una mano de nácar en un místico ascenso...*

Así, con ese arte, con esa delicadeza poética canta Cravioto esa

*Edad contradictoria que alumbrada se ve
por el ardor chirriante de los autos de Fe.*

Así canta Cravioto esa edad de la cual

*El Halcón es su pájaro, su flor es el madroño,
el incienso su aroma y su marco el Otoño.*

◆
Vasco de Quiroga, soneto dedicado a cantar el divino espíritu de aquel varón cuyo pecho es relicario de bondades, que, lleno de amor

llevó en sí las más puras virtudes masculinas

y cuyas manos lavadas en el agua de una fuente lustral,

*son urnas de caricias, custodias de orfandades,
pararrayos benditos contra el rayo del mal.*

EL MARFIL

¡Caricia del marfil!
Gracia y aristocracia
en que cuajó la gracia
de la luna. ¡Oh Marfil!

Flor de luz del ensueño
sutil sobre la hora
que columpia su proa
que es propicia al ensueño.

Suavidad y fulgor
amortiguado, arrullo
de evanescente orgullo
que apaga su fulgor.

Vena de taracea,
decoro de la hebilla,
esplendor de la arquilla
que luce taracea.

Magnificencia tenue
de la santa escultura
que en la capilla obscura
prende su nimbo tenue.

Carne del Crucifijo,
glóbulo del rosario,
custodio del misario
que alaba al Crucifijo.

Prez de la Nao de China,
rama del abanico,
goce de pobre y rico
en Nueva España y China.

Marco de fastos viejos
que aún madrigaliza
con un rumor de brisa
de aquellos tiempos viejos.

Nitido talismán
de las evocaciones,
germen de floraciones,
abuelo talismán.

Prócer vibración blanca
de distantes minutos
que tienen atributos
de una caricia blanca.

Lampo de tibia nieve
que da lento miraje
de un lánguido paisaje
en que triunfa la nieve.

En tu ebúrnea opulencia
reviven los piratas
acechando fragatas
por robar tu opulencia.

O surge la bendita
quietud del oratorio
y se ve tu aspersionario
lleno de agua bendita.

O resucita el vago
sonar de la espineta
que diluye su arieta
en son pálido y vago.

Y los añejos tonos
de Nueva España esplenden
como cuadros que extienden
sus desteñidos tonos.

Los abuelos lejanos
se asoman a tu espejo
y en tu dulce reflejo
tiemblan besos lejanos.

Y sin saber por qué,
lo que habemos de eterno
va flotando en tu invierno
sin cuando y sin por qué.

Aromas del pasado
fluyen remotamente
y su esfluvio es un puente
que nos une al pasado.

Y sacude el misterio
su universal verdad,
y auras de eternidad
infunden su misterio...

¡Caricia del marfil!
Gracia y aristocracia
en que cuajó la gracia
de la luna. ¡Oh marfil!

Como esa delicada poesía de *El Marfil*, así es para los florilegios, la no menos delicada, la voluptuosísima titulada *El Pudor de la Condensa*; aquella mujer cuya carne de alabastro y de flor se calentara a la luz de un candelabro amoroso y que se agita en el baño

como trémulo lirio de nácar y de rosa

cuando

el agua inmensamente la palpa por doquiera.

Y acaso, por la perfección helénica de cada verso; por la perfección helénica con que se incrusta en cada estrofa y por la perfección con que esta se cierra, toca la cumbre de la poesía galante en *El Alma Nueva de las Cosas Viejas*, la titulada *Ensayo de Gavota*, que copio íntegra cediendo a un impulso bien perdonable:

*La virreina ensaya con su bello paje
danza que Alburquerque trajo de París,
y el paje se inclina con dulce homenaje
y oprime a la dama con mano feliz.*

*La seda florece besando la nuca;
de rosas bordadas se enjoya el satín;
y enorme peineta clava en la peluca
carey inscrustado con áureo jardín.*

*Y los pasos siguen el ritmo elegante;
los ojos fulgulan con obscuro añil;
flamenco abanico dá brisa fragante
y roza la oreja de nácar sutil.*

*Insinuante y lenta se arrastra la danza
y aduerme en ensueño su pausado son;
el paje deshoja su flor de esperanza
y enerva a la dama con su vibración.*

*Cierra la gavota su lánguida llave:
el paje suspira suspiro suave
y hasta en la peineta retiembla el carey;
el virrey aplaude satisfecho y grave
y el Amor murmura: ¡misero virrey!*

PATIO DE LUNA:

*Candor seráfico de nieve
emperla el patio conventual;
el nácar triunfa en brillo breve,
y el límpido aire es como leve,
como leve alma de cristal.*

EL EXTASIS:

*La monja en el crepúsculo parece que reposa,
parece que se cierra como un botón de rosa,
hincada, muda, inmóvil, frente a un Cristo en la cruz...*

PASEO DE LA VIGA — En esa Venecia del Anáhuac:

*Empuja el remero en el agua su palo tendido;
su cuello se infla gozando del aire feliz;
el típico barco, resbala, resbala sin ruido,
con suave desliz.*

*El pueblo desborda en estruendos su plétora extensa:
el "lépero" humilde se junta con alto señor;
y en grácil donaire la "china" columpia su trenza
y luce la enagua zancaña de rojo "castor".*

*El charro dibuja con ocre su traje de cuero;
corbata encendida ensangrienta su pecho viril;
y se alza bordado y fulgente, con aire altanero,
como un sagitario que yergue su altivo perfil.*

EL JARIPEO:

*El lazo dibuja en revuelo su trampa florida
y el charro es centauro que pasa rigiendo un turbión.*

LA CASA SEÑORIAL, que
encumbra, fuerte y prócer, las glorias del abuelo,

y aun

el rumor de sus fiestas palpita en los balcones.

En su portón hay fuerzas de membrudo guerrero;
y en su aldaba que truena sobre ferradas hojas
retumba el puñetazo de los guantes de acero.

Sus árabes prosapias revela el azulejo;
su esplendor atenuado duerme en la Talavera;
y sus ensueños suaves de fúlgido reflejo
están en esos nidos que sobre el muro viejo
apelmazó la humilde golondrina viajera.



La *Sacristía*; obra de severa belleza poética, labrada con cincel maestro, en la que recorre por la uniforme galería de sus versos el más puro soplo del Arte, el *Canto Final* que copio íntegro, seguro de que tan altos sonidos de una lira nunca mejor pulsada cautivarán al auditorio, y por ser el más alto exponente del libro, y que es uno de los más valiosos poemas de homenaje a la raza, completan el número de las composiciones que, por responder a las más exigentes formas de la belleza, se levantan sobre los demás que integran *El Alma Nueva de las Cosas Viejas*.

CANTO FINAL

...Y salgo del pasado flamigero y sonoro,
con un deslumbramiento de gérmenes de oro
y una ambición muy grande de brotes de futuro.
Nueva España es la madre, y en su oleaje oscuro
nutren nuestras raíces más puras y más hondas,
las savias que en el tiempo convertiránse en frondas,
las yemas que en las horas columpiarán corimbos
y las chispas sagradas que pronto serán nimbos.

Todavía el reflejo de su espléndida llama
calienta nuestras venas y nuestro ensueño inflama,
y sus ecos augustos, con maternal sonido,
murmuran sugerencias de amor a nuestro oído.

Y en la plegaria enorme de viejas catedrales,
en la altivez robusta de casas señoriales,
en el humilde cuadro, en el libro de coro,
en el altar que luce sus tallados de oro,
y en la cúpula egregia, en el mago azulejo,
en el vaho adormido del apagado espejo,
y en el arcón de sándalo, en el santo de piedra,
en la ruina vestida de siglos y de yedra,
y en toda tú, señora de los recios abuelos,
revientan en simientes prolíficos anhelos,
levantando en sus cumbres tu Pompeya enmohecida:
y ahí están los secretos de toda nuestra vida:
ahí se hilan las sedas para nuestro estandarte;
y ahí el futuro incuba, y ahí está nuestro arte:
en tus brazos egregios de Princesa durmiente
que hace tiempo que esperas quien te bese la frente,
quien recoja tu halago, quien disfrute tus dones,
en tanto águilas vuelan y murmuran leones.

Y la aurora devana sus capullos de raso;
impacientes relinchan Clavileño y Pegaso;
y revuelos de amores cruzan el oceano:
se clavan las pupilas en el solar hispano,
y porque España trajo, prendida en su bandera,
en plenitud su vida, y su alma toda entera,
porque ella nos dió todo lo que tuviera entonces,
fundiendo en sus crisoles su acero y nuestros bronce,
y porque en lo más alto de nuestros ideales
se sienten todavía sus ansias maternales:
en gratitud de siglos, en ímpetu devoto,
en honor a la herencia del pasado remoto,
ponemos, con ternura que los ojos empañan,
besos definitivos en la frente de España!

Y el volcán en augurio levanta su silueta,
el valle muestra su alma como inmenso poeta
de lira innumerable y de adorable empeño,
se extiende su belleza con belleza de ensueño;
en vértigo atraviesan las horas; pasa un ave;
y el silencio que calla porque todo lo sabe,
y el silencio que calla porque todo lo nombra,
parece voz de siglos que se esconde en la sombra
y que a veces murmura con la boca del viento
señalando el camino; y en un presago adviento
la cabra cotidiana se vuelve sátiresa,
el Valle es como un ánfora de amor, y Dios empieza
a regar su sonrisa que las almas enflora,
y los gérmenes hinchan de futuro la hora:

en la piedra de toscos perfiles se adivina
la clámide solemne de la estatua divina;
entre las vaguedades de la bruma lejana,
sobre el páramo, flota la ciudad de mañana;
el humilde arroyuelo mana de obscura fuente
recorriendo su cauce que acabará en torrente;
y los troncos se yerguen por las savias henchidos,
el porvenir se anuncia con ansiosos latidos,
en el aire palpitan iniciales arrullos,
y los nidos trabajan, y revientan capullos,
la ilusión prende un nimbo que la esperanza dora,
y la tierra florece con un beso de aurora...

Y en el estanque añoso del jardín colonial
¡duerme el rumor ilustre del ensueño ancestral!...

Hay, en esta misma colección de versos, unas cuantas poesías inferiores a las ya citadas, y aún en *Cantos de Anabuac*, porque el poeta, como Amado Nervo, "dueño de los secretos técnicos de su arte y muy capaz de hacer bellos versos que seduzcan por su magia propia, renuncia a su gracia y presunciones, atento sólo a expresarse del modo más directo y menos literario posible".

Ese afán de sencillez, de decir las cosas desnudas, hizo escribir muchas estrofas desdeñables a Nervo, quien quiso santificarlas en una composición de la cual son estos renglones:

Lugar común, seas
Loado por tu límpida prosapia
Y nunca más desdeñente los hombres.
Expresión dicha ya por cién millones
De bocas, está así, santificada.

Ese mismo afán de sencillez hizo decir ya a otro gran poeta de América, nada menos que el ático Salvador Díaz Mirón, en su canto a *Hidalgo*:

Hidalgo! No por ducho
excito el estro; que a tu noble hazaña
adeudo un himno; y en el habla lucho
por hacerlo con maña;
y concierto mi voz, que ni con mucho
parece digna de ocasión tamaña!

Influye en Cravioto, además, creer como Nervo a juicio de Don Calixto Hoyuela, que, "cuanto más a la moda vista un escritor, más pronto quedará anticuado, ante la nueva moda que llega".

Pero, aún en esa difícil producción de sencilleces, el poeta no pudo siempre plegar las alas sobre el infecundo árbol del arte inferior, y el verso puro salía, de entre esas composiciones sin luz ni ornamentos, como saldría de vez en cuando del brezal la calandria cantora.

Así, en el *Paseo del Pendón*, como un pedazo del más puro clasicismo trasladado al modernismo es la siguiente estrofa:

Su hermosura refulge con luz que abrasa,
y soles son espuelas, yelmo y coraza;
la crin de su caballo se irgue altanera;
el iris arde en plumas de la cimera;
y el jaez, con primores de bordadura,
es pedestal soberbio de la armadura.

En la balada *La Madrugada* hay en buen clásico este trozo de modernismo:

La quieta preeminencia
de la noche pasó,
y el gallo hace presencia
de agudo reló

En los versos *A Fray Bartolomé de las Casas* encontramos estrofas como estas:

Balaron tus corderos
los primeros
anunciando el cuadrúpedo voraz;
y filtras en tus harneros
las piedras de la vida y las arenas de la paz.

Así van escapándose las aves líricas del boscaje desnudo de flores, y ya en *El Pañuelo de la Virreina* el poeta nos dice:

¡Cómo despliega el pañuelo su blanca intriga!

o en *La Blasfemia del Réprobo*, puede éste decir:

¿Tú sabes? Hace tiempo la duda me acongoja,
se tuerce a mi conciencia como áspero cordel;

y cuando en el *Bautizo del Indio* cuatro senadores se inclinan en la pila apadrinados por españoles, al poeta se le antojan

Cuatro rumbos de la rosa del nuevo juramento.

O ya en *Bernal Díaz del Castillo* en una estrofa explica magistralmente:

*Así Bernal, llevaba, detrás de su armadura,
viril y primigenio candor de un alma pura
con flexibilidades de espada de Toledo,
y también como espada: refulgente y sin miedo.*

Y en *El Pintor Cabrera*, aquel polifacético artista, genio mediocre según expresión del poeta,

que hoy usaba la brocha y mañana el pincel,

lo retrata el autor de *El Alma Nueva de las Cosas Viejas*, en los dos últimos versos del canto que le dedica, con más poesía que la que tuvo la prodigiosa fecundidad del pintor de Santos:

*Y fué un sereno lago que perdió sus encantos,
sus tranquilos encantos, por querer ser un mar.*

Así también en un pareado de sus versos *Hernán Cortés*, hace el mayor elogio del héroe:

*Y en el deslumbramiento de tu mágica hazaña
clavas a martillazos nuestro amor para España.*

Así en el poema *La Fachada del Sagrario*, a la vez que le exulta al templo

*Eres un gran ensueño de arte y de religión
vuelto joyel de nácar y casa de oración,*

canta

*La cruz que para abajo ve piedra que palpita
con la tragedia inmensa de una raza que agita
toda la costra ruda de su áspera conciencia
para amoldarla al fruto de una nueva creencia.*

Y así salpicada de versos brillantes se encuentra la fronda de versos que, despojados de todo linaje literario por un afán sincerísimo de humanizarlos, tiene el poeta en *Cantos de Anáhuac*; por ese afán de escribir con sencillez, sin literatura ni ornamentos, como escribió tanto el Nervo inmortal por sus versos labrados en el rico taller del orfebre, como solo por los suyos pertenecientes a esa jerarquía apolítica es gran poeta Alfonso Cravioto.

Ahora recorramos, así sea con presteza, el bello paraíso literario de los *Cantos de Anáhuac*, pero antes permítaseme leer la composición

que el exquisito poeta dedicó a Cuba en cuanto pisó esta tierra. Es una bella poesía que recoge el color, el hálito, el ambiente, el sentido popular que flota en el aire que respiramos y vuela difundido en los rayos del sol que nos quema.

CUBA

*Cuba de suculenta geografía
y de aromados nombres musicales,
en que el trópico irrumpe en ambrosía
y exprime sus almibares frutales.*

*Cuba de ojos de lumbre, que destacas
tus caderas, en bramas de la rumba,
mientras que tu aire perfumado zumba
con tu risa de coco y de maracas.*

*Cuba de masculinos cocoteros
y de diáfano cielo enardecido
en el que incrustan, sobre el fuste erguido,
sus tarántulas verdes los palmeros.*

*Cuba de miel de cañas que acaricia
cuando ondulas tu cuerpo de tabaco
y ofreces, tentadora, la delicia
de tu boca de mangos y de ajiaico.*

*Cuba de sol que fúlgido revienta
con luces de Bengala en tus pensiles,
o que enfebrecce tu impulsión y avienta
las bombas de tus cóleras civiles.*

*Cuba de los bongós y del guajiro,
y mujeres que vibran zalameras
remeciendo con claves y con güiro
columpios de pecado en tus ojeras.*

*Cuba de bugambilias y cacao,
náyade criolla en los ocasos rojos,
cuando extiende sus playas Marianao
hasta el agua de luna de tus ojos.*

*Cuba, novia del mar, tu carabela
será búcaro en gloria mientras ciñas
tu carne de guanábana y canela
con la tiara de oro de tus piñas.*

Cuba, nidal de amores, vivificas
con tus celestes ansias demoniacas;
eres ardor de incendio y abanicas
con el vaivén de ron de tus hamacas.

17 Cuba de coruscantes maravillas,
beso tu ascensional raza fogosa;
Cuba: joyel de flor y mariposa
que alzas vuelo de luz en las Antillas.

CANTOS DE ANAHUAC

Se abre este cofre de secretos y leyendas mexicanas, con el canto *Anahuac*, y a fe de la crítica más mirada que no lograra el gran poeta de América Díaz Mirón superar obra tan acabada y bella. Y como la afirmación es rotunda y alta, acompaño la palabra de la prueba:

ANAHUAC

En el Valle,
en el Valle fecundo que lanza
su extensión,
empujando montañas;
en el Valle que tiende sus lagos
de pupilas undosas y pálidas;
en el Valle
al que bajan los tigres
cual un turbión que brama;
en el Valle
en que vuelan las águilas
como un ímpetu bravo con alas,
y el jaguar
traza
elásticos giros de sedas y manchas,
y las víboras silvan reptando
su cintura
de escamas,
y los pájaros dan primaveras
de luz, con sus plumas de gloria embarradas
por el trozo
de audaz pincelada:
en el Valle
que enmarcan las sierras
con toscos peñascos, y bosques, y lianas;
y volcanes que empinan sus nieves
como una caricia, como una amenaza;
en el Valle se extienden triunfantes: la paz del silencio,
la paz de las sombras, la paz de las sombras calladas...

Sólo

raya
la noche el relámpago tenue
del cocuyo que alumbra su tímida lámpara;
sólo se hunde en el mar de silencios
herbor monocorde de un coro de ranas;
pero el Valle duerme; pero el Valle, mudo,
entre sombras cubre las vagas distancias...

Y un trueno revienta rodando
su pavor repentino y su alarma;
y la tierra tiembla
trepidante y pávida,
y en el fondo
de su entraña
se escuchan estruendos confusos, fatídicos,
como si un dragón fantástico arrastrara
entre enormes rocas
sus escamas.

Y los animales
desorbitan inquieta mirada;
y
callan
las
ranas;
espectante el árbol repliega sus hojas,
y parece que encoje sus ramas.

Un cráter cercano
se rasga,
se rompe,
se inflama;
en hongos inmensos y absurdos
la arena se alza,
e irrumpen con furias de muerte
cenizas y lava.

Y a la luz siniestra
del volcán que estalla,
salen de sus cuevas seres fantasmales,
lívidas sombras humanas
que en las sierras
clavan
su silueta amarga,
y van por los montes
arrastra que arrastra
sus carnes desnudas,
sus salvajes almas,
sus melenas broncas,
esponjosas y ásperas,
y su vida misera:
toda sombra helada...

Y el volcán
que rabia,
vomita su muerte

satánica;
el aire se incendia
y los gases matan;
el Valle se agita, se quema,
epilépticas vibran las llamas;
y apocalípticos lagos
levantan
vueltas vapores hirvientes
sus aguas...

Muy lejos las fieras
huyen desoladas;
las aves en fuga revuelan;
se ahuyentan las águilas,
el jaguar en temblante locura
brama, brama, brama,
y el bramido se pierde en los truenos
del volcán que prolonga su rabia...

En el páramo atónico y lóbrego
parece que la vida acaba...

Pero pronto el milagro del mundo
que nunca descansa,
prenderá en el Valle su vivida magia,
y otra vez los encantos salvajes
desplegarán su esplendor y sus galas;
otra vez en revuelos viriles
volverán las águilas;
y Panteras, Jaguares y Pumas
trazarán sus siluetas elásticas,
de sedas y manchas;
reabrirán con misterio los lagos
sus pupilas undosas y pálidas;
erguirán en victoria las sierras
sus penachos agrestes de lianas,
y aquí un día, suspensas las horas
gritarán a los siglos: ¡ANAHUAC!

Sigue a este magnífico canto el titulado *El Arte Nace*, que traigo aquí como un galardón de la poesía mexicana, y del que podría enorgullecerse, por su originalidad, cualquiera de los poetas de nuestra lengua. *El Arte Nace*

Iban el hombre y la mujer salvajes
por las ásperas sierras, por los lentos paisajes
de peñones bravios,

Madrid, enero 1954

MONTESINOS
1 2 3 4 5

y escalaban picachos, bajaban a los ríos,
sin ningún definido propósito vagaban
e inacabablemente trotaban y trotaban;
y sus carnes desnudas
reflejaban los roles de tantas marchas rudas;
y sus cabellos largos,
tendiéndose en errátiles afares.
llevaban la frecuencia de los vientos amargos
y encrespado alboroto de recios huracanes.

En cuevas y hendeduras o en propicia hondonada,
tuvieron sus cansancios pasajera morada;
jamás flotó en su sueño la vagarosa veste
de los sueños; su sueño era rudo y agreste;
y a los clarores prístinos del alba, despertaban
e inacabablemente trotaban y trotaban.

¿Adónde iban? nunca lo imaginaron ellos;
su alma apenas fulgía con nacientes destellos;
su humanidad de primitivos atributos
más que de semi-hombres era de semi-brutos.
El instinto empujaba su marchar errabundo
con impreciso anhelo de adueñarse del mundo,
exploraban las sierras, trepaban a los montes,
para ver lo que había tras de los horizontes,
y hartando sus miradas en vagos infinitos
desfloraban su asombro con incongruentes gritos.

Y una vez descubrieron un ave que en el agro
prendía el esplendor de su milagro:
la gloria de unas plumas en las que el iris brilla;
y el talismán de aquella maravilla
puso en las manos torpes, agilidades sumas,
y pronto se adueñaron
de las plumas.

Y las manos sintieron una flama divina,
y las plumas clavaron en la cabeza femenina.
La hembra sonreía con el lindo tocado,
el salvaje exultaba
pasmado.
y presagios del arte conmovieron su sér;
y la bestia acababa:
el Hombre plenamente comenzaba,
y comenzaba plenamente la Mujer.

Veamos ahora como en *Danza Guerrera* no nos daría Espronceda
más poesía, cuando Cravioto usa para su cetro el ritmo del autor de
El Diablo Mundo. Oid, si no, *Danza Guerrera*:

El lago
con vago
remedo de mar,
refleja en sus ondas el pleno prestigio lunar.
El claro de luna prodiga sus claros joyeros
y al claro de luna danzan los guerreros;
y al claro de luna despiertan alarmas
las armas,
y se oyen con rudos clamores
pitos y atambores,
y al claro de luna que baña la tierra
se anuncia la guerra.

Y los indios, medio cubiertos con pieles de tigres y pumas, cuando

Los pechos desnudos
se antojan más fuertes que fuertes escudos,
y bajo el tocado de erguido plumero
las piernas y brazos agitan su elástico acero.

Girando incesante en su danza implacable

sus círculos tejen la trama
del próximo drama;

enfurecidos por la excitación clavan al cielo sus evangelios de guerra;
son jaguares en la cueva; enarbolan las mazas, cimbran los arcos,

Y el impetu sacro
de aquel simulacro
asciende a los cielos lejanos y mudos,
y el ídolo siempre voraz
inflama
la pronta contienda,
reclama
la trágica ofrenda,
rechaza la paz.



LOS CUATRO SOLES:

que las celestes manos
sumergieron en los horizontes armónicos de la Muerte;

TOLLAN:

ciudad de los maestros
y de los artistas.

El astronómico itinerario
te revelará sus huellas,
y el pulso de las estrellas
darán su ritmo a tu calendario.

El Arquero, joven, viril, hermoso, practicó la escuela estoica:
sufrió los martirios que lo propiciaron para la lid

y siente aun las crueles
torturas de los cordeles
que por su lengua pasaron.

LA PRINCESA Y LAS ESTATUAS:

Indipohdi, Indipohdi, Indipohdi.

Yo sé muy poco, pero sé
la historia de una princesa, de una princesa tenochca
que reina en Texcoco fué.

(Oh Tloque-Nahuaque, mi señor,
que lo creado hiciste con amor!)

Chachiuhuetzin su nombre era,
rey mexicano su padre fué,
yo sé muy poco, pero sé
que era hermosa como la Primavera.

Con esa gracia técnica; con ese soplo de poesía que alienta en estas estrofas, se deslizan los doscientos versos de esta composición; la bella y adúltera reina, no podía tener cárcel más artística para su recuerdo, ni palacio más fastuoso que el que tuvo para su vida, rodeada de mil servidores, de los que tuvo sus hábiles incineradores de amantes...

EL QUINTO SOL; FUNERALES DEL REY; y LA REINA
XOCHITL, "flor de carne" y "aroma de flor", que hechizas, vences
y subyugas;

y que hasta el trono encumbraste la humildad de tu senda.
con la embriaguez de tus pupilas
y la embriaguez de tu licor,

un poeta habría de darte el oro de sus rimas como una jaula para
tu corazón:

Y surgen tus jardines y deshojas tus rosas,
te envuelven los ensueños con su irisado tul,
quema el fuego tu loco volar de mariposa,
y rugen las panteras de seda misteriosa
y el águila sus símbolos in-usta en el azul.

Y luego tu hijo nace, y reina. Y lo destronan.
Tu pueblo se disgrega, se hunde en la lobreguez.
Y advienen los olvidos que todo desmoronan
con tenebrosos vahos, y sólo a ti perdonan
porque te alza la dulce leyenda en su pavés.

¿Qué se hizo de tu reino? ¿Qué fué de tu comarca?
¿En qué pliegues de sombra regidos por la parca
fueron cayendo todos: vasallos, dioses, ley?
¡Quién sabe! Mas tú cruzas del ensueño en la barca,
cindiendo todavía corona de monarca
y la verde corona del maguey.

Quetzalcoatl, el dios "de brillantes plumas" y el alma

de luz cuyo fulgor aún tiembla y arde
en el limpio lucero de la tarde,

fué el peregrino que entró por Pánuco, bondadoso y sabio; enemigo
de la guerra; predicador de la paz y del trabajo; maestro en hablar
a la entraña de la tierra el lenguaje multiplicador de los frutos; consue-
la a los que sufren, "y pone agua lustral en la conciencia"

Y en Tollan a su próspero conjuro,
sus milagros parió la sementera
la tierra fecundó su vientre oscuro
y propiga su don la Primavera.

Edad feliz de paz y de abundancias,
bienes de amor poblaban los caminos
y Quetzalcoal llenaba las distancias
de flores y de granos y de trinos.

TLALOC:

*Vamos al monte, prepárate,
que es el mes Atlacahualco,
el mes del dios de las aguas, fecundador de la tierra,*

*dios que mata o fertiliza,
que fecunda o riega estragos,
y que tiene en su divino
palacio,
agua en cuatro enormes
Jarros.*

*Vamos al monte, prepárate,
que es el mes Atlacahualco:
hay que ir a las montañas, donde se engendran las nubes,
a llevar en sacrificio niños tiernos, niños blandos,
niños que han sido a sus madres
comprados,
niños que en busca del pecho
maternal griten llorando,
porque así la lluvia atraen
con su llanto*

XIPE.

*Xipe, Xipe, Xipe, nocturno bebedor;
Xipe, Xipe, Xipe, de los plateros
señor;
he tomado prisioneros
que sacrifiqué en tu honor.*

EL NUEVO FUEGO:

*Los dioses han querido que cuando un siglo acabe
también acabe el mundo;*

ya se acerca el fin del siglo, y el augurio fatal inquieta el espíritu colectivo, por lo que

*A la mujer encinta ponen la faz cubierta
con pencas de magüeyes, porque no se convierta
a media noche en diablos que a los hombres destruyan;
e igual máscara cubre la cara de los niños
para que el sortilegio de estos brujos aliños
evite que se truequen en ratones que huyan.*

El Teatro; que describe el teatro de la antigua Cholula, cuyos actores fingían una procesión de enfermos: cojos, ciegos, sordos, mudos, mancos y muchachos que, vestidos de mariposas hacían maromas en los árboles.

El Poeta: poema de gran belleza literaria, cuyo protagonista, más feliz que el cubano Zenea, halló un pecho generoso en el pecho del rey, cuando éste leyó su canto, pues

en su númen sencilló cristalizó un poema

de adiós a la vida.

La Princesa, que es una forma de composición casi desconocida en América y muy poco usada en la lengua española.

El Curandero, composición, que a no ser por la limpieza del lenguaje que la esmalta, podría, por el sentimiento y el asunto, hermanarse en una antología con las de Luis Chamizo, autor de EL MIAJON DE LOS CATUOS, y que es acaso el poeta más inmenso y sencillo con que cuenta España hoy.

Oid ahora a Cravioto en sus versos *El Curandero:*

*Mujer, consuélate, no llores;
si es verdad que tu niño se halla enfermo,
pronto se va a aliviar: ya he consultado
los granos de maíz, allá en el templo*

*Frente de Quetzalcóatl, el dios grande
que protege a los sabios curanderos
tendí un trazo, y encima, cinco veces
arrojé veinte granos hacia el suelo;
y no formaron ruedas, que son malas;
y no quedó parado alguno de ellos,
lo que es buena señal, mujer, alégrate:
pues tampoco los granos se esparcieron,
sino que se juntaban en montones
haciendo buen agüero.*

*Además, ya ofrendé a la diosa Tozi,
un corte de mis uñas y un mechón de mi pelo,
y en un cordel até doscientos nudos:
¡y pude deshacerlos!*

Y después tomé al niño y lo he asomado
en un jarro con agua, y el reflejo
no se enturbió: mujer, dégrate:
¡se aliviará el enfermo!
Para sacarle el mal, ya le he apistado
con mis manos el cuerpo;
ya le extraje el dolor que lo afligía,
le he chupado en el pecho:
y mira entre mi boca estas espinas,
y estos huesos pequeños,
y estos pedazos de carbón; esto era
lo que a tu hijo causaba su tormento.

Aún tiene calentura, mas no importa:
yo haré, con masa de maíz, un perro
que pondré en el camino, en una penca
de maguey, y el que pase ahí, primero,
se llevará la enfermedad, y entonces
tu hijo quedará bueno.

Mujer, consuélate, no llores:
¡se aliviará el enfermo!

EL NAHUALLI:

Si quieres ver un brujo, un gran "nahualli"
que hace cosas de asombro y de milagro,
ve a Thatelecoo
y entra al mercado

Tanta es la fuerza mágica que tiene
que hace mover a voluntad un árbol;
y ve, y se rompen
piedras y palos.

EL PLATERO:

Y entre el fulgor de su chispero
comienza el genio a relumbrar;
Alzcapotzalco vió al platero
tallar las joyas del guerrero,
pulir las gemas del collar.

El Rey; es Moctezuma, que va luciendo su rico manto imperial;
es él;

Y junto al broche del cuello se evade
collar suntuoso de cuentas de jade,
y asoma en sartales albo caracol;
en el labio relumbra una gema,
y el oro limpio de la alta diadema
pone en la frente reflejos del sol.

Tlahuicole; es el guerrero invencible del ejército tlaxcalteca que,
por fin ha caído prisionero del ejército de Moctezuma. Entre otros
prisioneros es llevado al sacrificio en el Teocalli, donde el regio
Monarca perdona la vida al vencido gladiador:

Yo te perdono, Tlahuicole,—dijo—
muerte no sufrirás ni cautiverio;
admiro tu valor; jefe te elijo
del ejército bravo de mi imperio.
Anhele tu amistad y no tu encono;
con tu pujanza quiero que me asistas;
tuya será la gloria de mi trono;
serás el capitán de mis conquistas

Y el prisionero arrostra la muerte en el sacrificio del fuego:

nunca seré traidor a mi Tlaxcala.

El héroe prefería, como vencido, recibir el castigo y no acceder
al convenio que mengua;

Y replicó el monarca: Reflexiona;
deja que se serenen tus ardores,
y en tanto, te protege mi corona
y serán tuyos libertad y honores.

El guerrero de Tlaxcala habita palacios suntuosos;

todo fué para él quietud y halago;

paseaba de tarde por el prado maravilloso, contemplaba el cielo de
México, recibía la caricia del aire azotándole la frente, en tanto,

bogaban sus nostalgias por el lago.

Las mujeres, enamoradas del heroísmo y de la fuerza, ofrecíanle
sus amores; pero él, que en la victoria sólo pensó en la preferida, en

la esposa lejana, sólo en ella pensaba hoy vencido. Su pecho angustiado; entre el suspiro que se escapa de sus labios y el valor que alienta existe el desacuerdo que hay entre la débil gacela y el vigoroso mancebo:

*y aquel hombre de bronce en el combate,
era cristal de llanto en el recuerdo.*

NETZAUALCOYTL

*Nunca fué el dolor tan certero guía;
sus llantos le dan la sabiduría;
y encuentra al Señor, que es luz y vigía,
y es universal como la armonía.*

La Profecía de Papantzin: Papantzin, ha sido enterrada por el hombre, y levantada de la tumba por el misterio para que anuncie la destrucción del imperio azteca:

*Junto al estanque estaba muy pálida y muy triste.
¡Oh qué pálida y triste junto al estanque estabal
En sus ojos tan hondos aún la vida persiste;
no lloraban sus ojos; mas su voz sí lloraba.*

*Y nos dijo: La muerte me devuelve a la vida;
pero vuelvo a la vida con presagios de muerte:
nuestro rey verá pronto su corona perdida,
destrozado su imperio, y angustiada su suerte.*

EL TECOLOTE:

*Entre la sombra, en la maleza,
se ven sus ojos con fulgor
de fuego fatuo que atraviesa:
chispa de infierno de tristeza,
gota de lumbre de dolor.*

CHALCHIUHTLICUE:

*Soy aguador,
Chalchiuhtlicué,
y en tí mi amor*

pone su fe.

"Reina y diosa de las fuentes",

*enseñame el cristal
del manantial;
apresura
tu linfa pura
y los collares de tu rocío
para mi cántaro vacío.*

*Señora de la azul enagua
y de las piedras preciosas.
llena mi cántaro con agua
y mi vida con tus rosas;
y hasta el templo en que reposas
te llevarán mis amores,
con religiosos cuidados
ofrendas de blancas flores;*

*diosa que las venas llenas
del mundo con las aguas de tus venas,
quiera mi bien que siempre arranques
para mí un reflejo
del espejo
de tus estanques.*

LA MUERTE DE LA RAZA:

*Mujeres, niños, viejos, en un arroyo fausto,
cuantas veces pararon la hispana acometida.
¡Oh, los huesos ilustres del épico holocausto:
como esas muertes fulgen con radiación de vida!*

Cuauhtémoc alentaba las ansias belicosas.

*Y cuando el hado quiso que fuera prisionero
de aquellos hombres blancos aquel gran rey guerrero,
en un ímpetu augusto de augusta rebeldía,
se acercó hasta el Malinche, y poniendo la mano
sobre la fina daga que el español ceñía,
clamó: ¡Quiero que arranques mi vida, oh castellano,
pues ya es mi vida inútil para la patria mía!*

EL TIANGUIS:

¡El Tianguis! ¡El Tianguis! ¡El Tianguis!
Palpita en ardor comercial.
Muchedumbre vibrante se agrupa
queriendo comprar.

.....
El herbolario que vende raíces
y yerbas resacas, de gran virtud medicinal,
se junta con brujos que ofrecen
el infalible talismán.

.....
Las canoas floridas navegan
recorriendo el cercano canal,
y en su borda las magas chinampas
sus vergeles dan.

La obsidiana en cuchillos y máscaras,
y en flechas de agudo puntal,
o en espejos pulidos y tersos
se mira brillar.

El barbero solemne rasura
con navaja de gran pedernal;
y un artista retrata con barro
o vende la imagen del dios familiar.

Y cierra este libro de leyendas, el poema *El Calendario Azteca*,
que es a esta colección de versos lo que el CANTO FINAL a EL
de los *Cantos de Anáhuac*, pero antes permítaseme leer la composición
es un canto a la raza aborigen; a la fuerte y maestra raza azteca:

La vieja piedra tosca de artístico tallado,
se antoja como enorme pupila del pasado
que explora y escudriña desde su cautiverio.

.....
y es la gran raza que la levantó,

La raza de los hombres de la carne morena,
de las negras pupilas y la brava melena,
la raza de los hombres del bronceo decoro,
de las cuentas de jade y del polvo de oro;

Aquella raza noble que miró a Ihuicamina
traspasar los espacios con su flecha divina,
y levantó en las cumbres del templo prodigioso,
sangriento pero altivo su ensueño misterioso,
la que adoró los astros, la que alumbró sus días
con las constelaciones de brujas teogonías.

.....
La raza que el camino de los astros calcula,
y levanta pirámides de egregia fortaleza
que encajan en los cielos su triangular grandeza;
la raza que entre espiras de ascendentes copales
deshojaba capullos de versos iniciates;

.....
La que esculpió en basalto, con pedernal maestro,
el gesto cabalístico del ídolo siniestro.

Tal el poeta Alfonso Cravioto, que tan bien ha interpretado el lenguaje del alma aborigen mexicana, sus mitos, sus sentimientos, sus ideas, sus religiones, sus credos, sus hombres y sus ídolos. Y para resumir en cortas líneas la vida palpitante y sonora de este lírico, baste decir que las mismas crónicas que hace tres o cuatro lustros al referirse al poeta hablaban del erudito, lo catalogaban a la vez entre los precursores de la Revolución que destronó la tiranía del General Díaz. Recalquemos que él fué uno de los forjadores de la Constitución de México, como lo fué de la Revolución.

Ya hemos dicho en algún lugar que fué Presidente del Senado de la nación azteca; Embajador en Chile, donde dejó su nombre asentado como orador arrancándole en un torneo hispanoamericano de elocuencia y cultura las palmas a Alessandri, ídolo esa noche del público chileno que ya de antemano, y cediendo a un impulso natural en aquel pueblo amante de lo suyo, había elegido una imagen en los altares de sus propios templos para ofrendarle su mirra.

Cravioto, que ha sido un Mecenaz de las letras mexicanas, como lo acredita su labor en este sentido, ha merecido, a propósito de su fastuosa revista *Savia Moderna*, el calificativo de ser el sucesor del inmortal Chucho Valenzuela. Y releendo la minuta de una vieja carta mía dirigida al autor de los *Cantos de Anahuac* con motivo de otras obras literarias de su producción, he leído unas líneas que copio por lo alejado que al escribirlas me encontraba del actual Embajador de México en Cuba:

Su trabajo sobre Anatole France es el más interesante que he leído en esa dimensión. ¡Y qué prosa! Su conferencia sobre Carrière es magnífica. Ambos trabajos denotan su gran cultura, su sentido excelente en materia de belleza, su cuidadoso tacto artístico, y ambos están llenos de conceptos "serenos, con la serenidad de lo eterno", que es como hay que controvertir su frase para aplicarla aquí, cortando en el bosque de sus propios jardines las flores con que adornar su corona.

No obstante lo dicho, la obra de mayor empeño literario de Cravioto no ha sido terminada aún, ni se conocí nada de lo que ya lleva terminado.

Esa obra está repartida en dos tomos, y de su índole hay pocas muestras en nuestra lengua. Puede llamarse una parte, o sea un tomo,—ya que cada uno es un libro independiente del otro, sin que se necesiten entrambos para cada uno llenar su cometido—*Léxico de la Poesía en la América Hispana*. Este libro es un diccionario cuyas palabras son ilustradas con selectas estrofas de la poesía de nuestra América. Este diccionario será algo así como el alegato de un abogado de las alcurnias intelectuales elevado ante el tribunal superior del asentimiento universal y de la costumbre que se hace historia, de que, así como el *castellano* pasó a ser *el idioma español* por ser la lengua oficial de España y cultivarse en sus dominios con altos merecimientos, ese mismo idioma puede pasar en nuestras tierras a ser *el idioma americano* por ser la lengua oficial en América y cultivarse con prestigio para merecerlo íntegro y total, no como el inglés del norteamericano que pertenece siempre a la Gran Bretaña, sino como el castellano que al extenderse oficialmente por toda España pasó a ser el idioma español. Esta, desde luego, es una apreciación personal sin que tenga que ver con el criterio que al respecto pueda tener el erudito investigador mexicano, y sólo ha sido inspirada, con mi mayor reconocimiento para España, en la obra de Cravioto, por ser como una exposición lujosa y científica del uso del idioma en nuestra América.

El otro tomo es un diccionario a semejanza del *Diccionario Ideológico* de Gómez Carrillo, aunque infinitamente superior a éste, como muy superior y más práctico y sencillo que el *Diccionario de Ideas Afines* de Benot.

El Diccionario de Cravioto es de tal magnitud, que para poder explicar su interés y su maravilloso mecanismo sería necesario un capítulo aparte. Reparemos en que de algunas ideas, por ejemplo: Síntomas, Fenómenos, Mórbido, nos presenta más de ciento cincuenta vocablos para expresarse.

El que esta obra sea para hombres de estudio, la hará obra de selección.

Ahora fáltame explicar con honrada sinceridad, pues tal vez quien no conozca la figura de Alfonso Cravioto encuentre exagerados mis conceptos, o acaso hijos de mi afecto personal con el actual Embajador

—46—

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

de México, que mi palabra ha rodado sobre los juicios consagrados en nuestra América literaria al autor de *El Alma Nueva de las Cosas Viejas*, y que no he sido más que un entusiasta glosador de la crítica que sirve de mármol básico a la estatua que quiere levantarse...

Alfonso Cravioto, poeta, orador, crítico, diplomático, investigador, revolucionario, político, legislador, pese a su múltiple ocupación, no se ha desprendido ni un momento del mástil del ensueño, a la sombra del arte, en la casa de la belleza y de la poesía, recordándonos con su ejemplo la frase de González Martínez sobre el autor de *Antología Romántica*, "Fiel a su arte como la yedra, y glorioso como el laurel", y a quien la lira que pulso, después de un largo silencio ha venido a levantarse para saludarle, sin la pretensión por mi parte de merecer el alto título del poeta:

A ALFONSO CRAVIOTO

*Porque traes el alma toda llena de luna
y tu noble camino has sembrado de flores,
te saluda en mi lira la dormida laguna
y te ofrece en su espejo celestes pescadores...*

*Porque siempre al ensueño se halla tu alma oportuna
y no sabes de odios y estás lleno de amores,
se va abriendo su vientre la risueña fortuna
y alegres te salmodian los claros surtidores.*

*Para ti ya me han dado su lírico saludo
elruiseñor nocturno, la alondra tempranera,
y el canto de las cosas calladas que no aludo...*

*La Finojosa amable en la verde pradera
desgarró unos laureles con que hacerte un escudo,
y a portar su estandarte te invitó Primavera!...*

DIEGO DE PEREDA

La Habana, Junio de 1934.

—47—

Madrid, enero 1954

MONTENEGRO
1 2 3 4